

# Cortando por lo sano

ANTONI PUIGVERD

LA VANGUARDIA, 13.09.10

Proudhon describió la jerarquía social como una escalera. Los que miran hacia arriba están llenos de odio; y los que miran hacia abajo, de desprecio. ¿Es aplicable esta descripción a las actuales relaciones entre Catalunya y España? Si no crece el odio hacia España, sí sube el hartazgo y la irritación de un buen número de catalanes. Un sentimiento de ofensa mezclado con una imperiosa necesidad de desconexión. Tampoco es exagerado afirmar que el desprecio (antipatía, rechazo) de una mayoría de españoles hacia los catalanes está superando los récords establecidos por Quevedo ("es el catalán el ladrón de tres brazos") o Bobby Deglané. Lo cierto es que, en los últimos 10 años, la dirección de las relaciones entre unos y otros ha estado en manos de los radicales. Entiendo por radical, no al extremista, sino al que propone soluciones tajantes a problemas complejos. Radical es el que, ante un nudo gordiano, opta por la solución de Alejandro: amputar el problema cortando enérgicamente por lo sano.

La década empezó, recordémoslo, con el segundo mandato de Aznar. A pesar de las concesiones que hizo al último Pujol, lo relevante de aquella presidencia apoyada por una mayoría absoluta es el giro a la francesa. Aznar pretendió revisar la España heredada de la transición convencido de que, gracias al formidable poder económico concentrado en el centro neurálgico del Estado, era posible convertir España en Francia y Madrid en París. Las enormes expectativas que, antes de que estallara la crisis, parecían abrirse en Hispanoamérica para una España que daba lecciones de economía a los alemanes, relativizaban el papel de la vieja locomotora industrial catalana. Y permitían hacer realidad un sueño que el alto

funcionariado alimenta desde los tiempos de Carlos III: un Estado homogéneo en lo cultural, con infraestructuras radiales y con una inmensa capital que se convierte en el polo de atracción de las mejores oportunidades y de los mejores actores.

Aznar (al que Rajoy continúa con menos ardor, y frente al que Zapatero, en sus seis años en la Moncloa, no ha querido, sabido o podido presentar alternativa) sumaba la visión trascendente de José Antonio a los valores republicanos de Azaña. Contó con algo más que una mayoría absoluta para obtener tal síntesis ideológica. Contó Aznar con una intelectualidad que se enfrentó decididamente a los nacionalismos llamados periféricos al calor del combate ético mantenido en el País Vasco por Fernando Savater y ¡Basta Ya! en defensa del derecho a mantener determinadas ideas sin riesgo de persecución y muerte. Aquel combate entre individualismo democrático y nacionalismo vasco violento explica el pacto que en la actualidad sostiene al lehendakari López. No se conformó esta corriente intelectual con enfrentarse al nacionalismo vasco y a los nacionalismos en general. Cuestionó también las bases del ambiguo y dialogante catalanismo, que pasaba por ahí. Si la derecha españolista se había opuesto tradicionalmente a los postulados culturales y económicos del catalanismo, a partir de aquel momento también la intelectualidad liberal y progresista los combatía: los tachaba de insolidarios, premodernos e, incluso, antidemocráticos (manifiesto por la lengua común).

La alianza entre la intelectualidad española y el aznarismo explica diversas reacciones catalanas: la más espectacular es la emergencia de ERC, que deja de ser un partido lateral para convertirse en un partido clave. Y explica también la soledad de las corrientes intelectuales

catalanas partidarias de un catalanismo abierto (o no encerrado en un templo nacional). El catalanismo cultural, aquella especie de tercera vía que siempre se había empeñado en construir puentes de diálogo, empieza a sentirse en fuera de juego. El nacionalismo y el independentismo catalán lo acusan de tibieza en la defensa de la catalanidad agredida; y el fundamentalismo liberal de la intelectualidad española lo expulsa del templo de la libertad. Nunca fueron bombardeados con más saña los ingenieros catalanes de puentes hispánicos. Espriu recibía en su tumba una estaca en el corazón, como profeta que fue de los peores vampiros.

Lo que vino después es sabido. El Estatut fue una respuesta reactiva. Y estaba llamado al fracaso. Así lo escribimos algunos, no con vocación de aguafiestas, sino por mera observación de la correlación de fuerzas. Careciendo de la lanza de un Sant Jordi, era una temeridad enfrentarse al dragón. La sentencia del Tribunal Constitucional es una verdadera lluvia de fuego que ha incendiado todos los puentes y da alas a los radicales de uno y otro lado. Erre que erre, no son pocos los que, desde las tribunas de Madrid creen posible, evocando una conocida boutade de Schopenhauer, convertir a los carnívoros catalanes en pacientes herbívoros. Por su parte, un bullicioso coro catalán proclama que todos los caminos conducen a la independencia (olvidando la irónica acotación de Chesterton: "Todos los caminos conducen a Roma y por esa razón muchos nunca viajan"). De este lío colosal no saldremos fácilmente. Y menos en campaña. Sólo una cosa está clara. La prudencia de los moderados es ahora tan inútil como la imaginó el poeta Blake: es una vieja dama cortejada por la incapacidad. La pelota está en el tejado de los integristas. De los partidarios de Alejandro. De los que, burlándose del diálogo, sostienen que el nudo se deshace cortando por lo sano.